

El cuento de que Hitler fue vegetariano

Frederic Vinyes

Por mi condición de vegetariano de toda la vida siempre me llamó la atención que un personaje tan detestable como Adolf Hitler fuese calificado de vegetariano por los medios de comunicación.

Hace ya algunos años, terminada la carrera en Barcelona y estando ya colegiado, recibía con regularidad una revista periódica llamada "El médico". En ella se publicaron de forma seriada las memorias del médico personal de Hitler. Reportajes que leí con atención, precisamente por la curiosidad de su supuesta práctica del vegetarianismo. Ya me sorprendió, por aquel entonces, que no hubiera ninguna referencia sobre el tema, que Hitler fue una persona con una salud pésima, muy medicado por su médico personal y que en alguna ocasión se había hecho visitar por un famoso médico naturista de la época, pero lo de seguir un saludable régimen vegetariano, nada de nada. Quizá no fuera un gran amante de los entrecots y los bistecs, pero de ahí a calificarlo de vegetariano hay un gran trecho.

La lectura, muchos años después, de un extracto realizado por Thomas Klein: *Hitler war kein Vegetarier* (*Hitler no fue vegetariano*), publicado en la página web www.hygea.de, basado en el escrito de Rynn Berry: *Why Hitler was not a Vegetarian* (publicado por Pythagorean Publishers, New York, Los Angeles 1999) creo que aclaró definitivamente el bulo interesante lanzado por los dos bandos contendientes de la 2ª Guerra Mundial. La información que publica Berry se basa en la recopilación de datos obtenidos de las declaraciones de Willy Kannenberg, cocinero personal de Hitler, diversos chefs de hotel que albergaron a Hitler o que le agasajaron y personas que tuvieron un contacto directo con el Führer, como el ministro de armamento y economía Albert Speer.

El ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels fue un siniestro personaje, pero supo hacer bien su infame trabajo: crear un ídolo de masas que conquistara el poder en una Alemania frustrada, tras los

pactos que acabaron con la Primera Guerra Mundial. Si una cosa detesta el pueblo alemán es el caos y el desorden, como el que se instauró en una postguerra convulsa de luchas sociales y políticas. Goebbels ofrecía una solución: orden, aunque fuera en un régimen dictatorial, y plena sumisión a un líder que dirigiera la nación con mano de hierro. El personaje parecía de opereta bufa (tampoco es que Franco, Mussolini o Stalin salieran mejor parados) pero sus arengas, más que discursos, con tintes paranoicos enardecían a un pueblo que añoraba a un Führer que los sacara del desconcierto, restableciera el orgullo ario y si los conducía a una ansiada y soñada gloria, pues mejor que mejor. Si bien Hitler no era más que un pobre diablo, venido a más por sus encendidas proclamas, había que convertirlo en una especie de superhombre que el pueblo llano pudiera admirar hasta límites que, vistos con la perspectiva del tiempo, producen, cuanto menos, vergüenza ajena.

Se creó entonces la imagen de un Hitler firme, sólido, seguro, dedicado en cuerpo y alma al "despertar" de los pueblos pan-germánicos, el que sería el gran guía o Führer que los sacaría del atolladero, sin debilidades humanas, sin ambiciones de riqueza personal, como la mayoría de los políticos al uso... y qué buena muestra de sacrificio que el llevar una vida ascética. Una vida ascética en el terreno personal suponía una alimentación sobria y frugal, como podía ser una alimentación vegetariana, característica de la mayoría de los ascetas que nos ofrece la historia.

Y el mal nacido de Goebbels se inventó que el Führer seguía una alimentación vegetariana para impresionar al pueblo llano alemán. Lo cual, por otra parte, cayó como miel sobre hojuelas en el bando contrario: un motivo más para desacreditar y criticar aquel loco nazi con ansias expansivas. Aquel chillado no podía ser otra cosa que vegetariano, como aquellos chalados que se privaban de las bondades gastronómicas de la tan ansiada y escasa carne de la época (si

la comparamos con la actual). En los años 30, el *New York Times* y otros periódicos opuestos al régimen hitleriano no pararon de mencionar el supuesto vegetarianismo de Hitler, como una muestra más de la rareza y desequilibrio de aquel funesto personaje.

EL "VEGETARISMO" DE HITLER

Uno de los platos preferidos del Führer eran las albóndigas de hígado, preparación culinaria procedente de su Austria natal. Le encantaban, además, las salchichas y el caviar y, ocasionalmente, también tomaba jamón. Platos que no pueden considerarse precisamente vegetarianos. De hecho, en casi cada comida tomaba carne, jamón o salchichas. De todos modos, el plato que más gustaba a Hitler eran los pajaritos rellenos y asados, pollitos y palomas, que a menudo pedía si estaban disponibles. No pocas cenas se las pasó mordisqueando los huesecillos de dichas aves, tratando de aprovechar la poca carne que ofrecían, por lo que su plato terminaba siendo un montón de ellos.

Aparte del consumo de carne, al Führer le encantaban los dulces: chocolatinas, fruta confitada, galletitas, pasteles y tortas de crema, que tomaba en cantidad y con frecuencia. Por otra parte, endulzaba su café o su té con varias cucharadas de azúcar, por lo que no resultaba sorprendente que tuviera graves problemas de caries en su dentadura. Las últimas semanas que Hitler pasó en su bunker del Reichstag en Berlín se alimentó prácticamente sólo a base de pasteles, chocolatinas y otros dulces, lo que acaba afectando también al sistema nervioso.

El declive de su dentadura fue rápido, así como el de su salud. Se quejaba a menudo de dolores de cabeza, cansancio crónico, malestar general, flatulencias, accesos de sudor, gastritis, arteriosclerosis con afectación coronaria, que sus médicos consideraban incurable, lo que no ha de sorprendernos teniendo en cuenta cómo se alimentaba.

Le prescribieron una gran cantidad de medicamentos, entre los que cabe citar: la cocaína (bastante

usada como remedio en aquella época), testículos de toro pulverizados y tabletas de estricnina (raticida, por otra parte) para fortalecer su corazón. Es cierto que en alguna ocasión había tratado de seguir una alimentación vegetariana para recuperar su salud, pero lo dejaba al cabo de poco tiempo. Además, una alimentación vegetariana puede ser sumamente insana si es a base de chocolatinas, pasteles y azúcar a mansalva.

Si Hitler hubiera sido un vegetariano convencido y partidario de esta forma de vida la hubiera recomendado, especialmente en la etapa de hambre y escasez de alimentos que sufrió el pueblo alemán durante la 2ª Guerra Mundial. Le hubiera sido muy fácil, teniendo en cuenta su carisma de Führer ante una población tan obediente y entregada a sus mandatos. Sabido es que la producción cárnica supone un despilfarro de alimentos, si estos pueden destinarse directamente al consumo humano (cereales, legumbres, etc.).

Otra cuestión importante que desmonta el atribuido vegetarianismo de Hitler es que tras alcanzar el poder el partido nacional-socialista, del que él era el líder indiscutible, se prohibieron en el país las sociedades vegetarianas. En 1933 se prohibió la revista *Vegetarische Warte* (Observatorio vegetariano), ni se permitieron encuentros entre vegetarianos. Quienes quisieran seguir una dieta vegetariana podían hacerlo privadamente en sus hogares, pero calladitos y sin poder expresarse públicamente, si no querían acabar en la cárcel. Lugar generalmente poco acogedor, y más, con nazis como guardianes. Se sometió a una cierta vigilancia a los miembros destacados de las abolidas asociaciones vegetarianas, pues se les consideraba como potenciales enemigos del Estado alemán. La Gestapo llegó incluso a confiscar libros de cocina con recetas vegetarianas. Lo cierto es que el que había sido en Alemania, antes de 1933, poderoso y extendido movimiento vegetariano y reformador de los hábitos de vida, llegó ya muy debilitado en 1945 y le costó un buen tiempo poder recuperarse por culpa, sobre todo, de las persecuciones sufridas durante el nazismo.